

## Leguineche - Reverte

### Viaje a la experiencia

**Acaban de publicar sus últimas novelas: Manu Leguineche, “La tierra de Oz”. Y Javier Reverte, “Billete de ida”. Hablar de Manu Leguineche y Javier Reverte a estas alturas es hacerlo de dos de reporteros que más escuela han creado en España y dos de los autores de libros de viajes más vendidos. Refugiados en el anonimato de ser autores no mediáticos, compartimos el placer de una conversación sobre todo lo que cabe en lo que Graham Green anotó un día: “Escribir un libro o viajar permiten huir de la rutina diaria, del miedo al futuro”.**

**Text: Fèlix Merino**

**Fotos: : Fèlix Grande**

Javier Reverte: A Manu le conocí a través de los libros. Pero físicamente no fue hasta una viaje a China que hicieron los Reyes en 1977. Era el primer viaje oficial de los reyes al país asiático y fueron un montón de periodistas con sus mujeres y todo. El viaje costaba 60.000 pesetas de entonces. Íbamos en un chárter detrás del avión de los Reyes. Todos allí metidos: periodistas y mujeres.

J.R: En 1981 coincidimos en Atenas cuando el PSOK de Andreas Papandreu se impuso en las elecciones generales griegas. Era la primera vez después de la II Guerra Mundial que ganaba un partido socialista en Europa y lo hacía en Grecia. Tu estabas escribiendo “El Estado del Golpe” y tu obsesión era buscar cuál era la marca del piano que había en el Hotel Gran Bretaña. Nos enamoramos de la misma mujer.

### **¿Por qué os dedicais al periodismo?**

M.L: Mi caso es el de una dedicación precoz. A los 9 años empecé a escribir en la revista del colegio de los Jesuitas y me fascina. Estaba suscrito a la revista Mundo y leía los periódicos con mucho interés. También me interesaba la historia y con 12 años escribí la “Auténtica Verdad sobre la Muerte de Musolini” en una revista de Barcelona que se llamaba Jóvenes con la que continué colaborando haciendo entrevistas de futbolistas como Kubala y Di Stefano... Entonces todavía llevaba pantalón corto pero iba tirado. Más adelante fui a la Universidad de Deusto y entré a trabajar en la revista de la facultad para empezar a despegar. A los 17 o 18

años entré a trabajar en El Norte de Castilla, un periódico de provincias que llamábamos el “Times de Castilla”, donde aprendí muchísimo. Mi afición al periodismo ha sido penetrar en los países. Vivir los y conocer gente. Pero también leer sobre ellos.

J.R: Mi caso es el un caso marcado por la tradición familiar. Yo era un mal estudiante pero tenía un padre y un abuelo periodistas; tres tíos, cuatro primos y dos hermanos. Leía muchísimo y siempre pensé que el periodismo era una cosa sencilla. Así que empecé casi por inercia haciendo de todo: editorialista, articulista y corresponsal. Con el tiempo advierto que es haciendo de reportero donde me encuentro más cómodo y no es hasta ahora que me siento más a gusto con mi posición en la profesión.

M.L: Es que yo creo que escribiendo encontramos lo que el periodismo no nos daba porque uno siempre se quedaba con no agotar todo lo que el tema merecía. En los libros buscamos poder explicar todo lo que es necesario sin las urgencias ni los cortes –por no decir censura. Lo otro es un periodismo de bricolaje de las noticias, según la prisa.

J.R: Estoy de acuerdo contigo. Antes, el periodismo se hacía en la calle. Ahora entras en una redacción y todo el mundo está allí, trabajando con Internet y viendo las noticias por parabólica. Hoy la información se gestiona desde las redacciones y los periodistas han perdido la calle. Sin embargo, considero que ni Internet ni la CNN podrán controlar jamás cosas tan esenciales como es el pulso de la vida de la gente de forma directa, que es lo que siempre hemos intentado hacer nosotros.

### **¿Cómo os explicáis que actualmente los sucesos siempre sean noticia?**

M.L: Está muy claro porque aquí todo viene de EE.UU y, de un tiempo a esta parte, hay elementos que dicen que el periodismo es como un viaje: un poco de sangre, un poco de niños, animales, sexo, poder y dinero. Todos los elementos de sangre junto al melodrama son los que atraen al lector.

J.R: Es que el periodismo tiene mucho de morbo. Contar algo que los demás no han visto, aquello extraordinario ya sea político, deportivo o un crimen, Hay un dicho que una buena noticia puede ser una crisis de gobierno o un asesinato. En definitiva, los periodistas estamos trabajando en el territorio extraordinario de las cosas. La diferencia es que ahora, a lo que antes se llamaba periodismo de Sucesos hoy se denomina periodismo de Sociedad.

**¿Hasta qué punto un accidente en carretera debe ser noticia de primera plana?**

M.L: Todo depende del número, aunque no existe una regla ya que es intentar controlar lo incontrolable. En sentido contrario es lo que sucede con el olvido al que se ven sometidos por parte de las grandes agencias internacionales algunos conflictos cuando deciden que ya no son noticia de interés general. Por ejemplo, llegas a Ruanda y te encuentras a 5.000 periodistas (la mayoría americanos) en una habitación. Pero luego se marchan dejando miles de víctimas sin un titular. Se vacían los hoteles y la guerra parece haber acabado porque ya no está en primera página. Es lo que se proclama en las escuelas de periodismo: “Más vale un gato muerto en la Gran Vía que 5.000 muertos en la India”.

**Los nuevos media han difundido la idea de que cada usuario podrá convertirse en un emisor de noticias. ¿Cómo observáis la irrupción de Internet en vuestro trabajo?**

J.R: Las tecnologías imponen una cultura. Y en este caso creo que Internet vanalizará la información por el mayor protagonismo que está adquiriendo la gente en el canal. Es lo que sucedió con El Gran Hermano, un programa fútil que representa el primer Chat televisivo de la historia de España donde la comunicación entre protagonistas y espectadores es real.

M.L: Es que ha habido una ruptura total. Cuándo ahora pienso lo que me costaba enviar un télex desde Vietnam (a 14.000 km de España) y ahora vas a Kosovo y te encuentras a 6000 periodistas con portátiles y parabólicas que transmiten casi a tiempo real las ruedas de prensa... ¡Con lo que me costó convencer a los de la agencia para que me comparara una maleta de transmisiones! Y es que la gente ha olvidado lo que ha costado hacer llegar la información al papel. Hoy todo es mucho más rápido y sencillo. Se ha ganado en celeridad pero la información se ha enfriado porque evita lo más interesante del periodismo: el testimonio de la retina.

J.R: Se ha ganado en datos pero se ha perdido algo tan importante como es la vivencia y la subjetividad de los acontecimientos porque la gente utiliza una información filtrada por la CNN y las agencias.

**Sí pero por otra parte, desde Filipinas un anónimo pone en jaque a todo el Pentágono con un virus. En este sentido, Internet hace más vulnerable el sistema y descentraliza los centros de poder.**

J.R: Piratas y pícaros habrá siempre. Pero la tecnología ya creará sus anticuerpos.

M.L: A veces pienso que en medio de la confusión reinante suceden dos cosas: que hay tal exceso de información que los árboles no dejan ver el bosque. Exceso que impide que el lector, el oyente o el que manipula una información no tenga tiempo para reflexionar suficiente sobre lo que está viviendo o contando. Exceso de información igual a problema de entendimiento. Por otra parte, dicen que Internet se creó para que la gente se entendiera. Pero yo no lo veo así, ya que los chateos me parecen de lo más superficial. Así que lo que en principio había sido creado para unir a la gente ahora resulta que sólo ha servido para vender y comprar.

**¿Hasta qué punto podrán los países subdesarrollados lograr soberanía real a nivel internacional sin controlar los medios de comunicación?**

J.R: Creo que por ahora este es un tema perdido. No dudo que con el tiempo Internet llegará a todo el mundo, puesto que como a más gente llegue más negocio y poder es para las multinacionales que es lo al fin y al cabo interesa. Pero, como siempre, esto es una arma de doble filo ya que, por una parte, continúan siendo las multinacionales quienes controlan las fuentes de información. Y, por otra parte, se puede convertir en una arma caótica según en qué manos caiga ya que se pueden comprar minas antipersonas y armas de todo tipo en la red. De repente, lo que podía ser una herramienta de control se transforma en un elemento del caos según la cultura democrática de quienes la utilicen. En este orden, soy muy contrario a las posturas de muchas ONGs, etnólogos e historiadores, que defienden el derecho de cada pueblo por tener su filosofía, lengua, cultura, folklore y dejarlos en paz. Yo creo que no. Que la cultura y la democracia son bienes de la humanidad. Cuanto más culta es una persona, más libre. Por esta razón, el factor tecnológico a priori debe ser positivo pero puede volverse en su contra si no se utiliza con corrección.

M.L: Además es lo que antes sucedía con la censura. Porque esto de Internet está muy bien. Pero ¿qué pasa cuando cae en manos de un dictador? Pues que continúa siendo la lucha de la hormiga contra el elefante. La lucha de unos pocos contra un poder que acapara los medios. Es como antes, cuando no nos dejaban escuchar Radio América o la BBC en Rusia.

J.R: A la larga siempre tiene un sentido positivo. Porque la tecnología es un negocio y una forma de control, pero también apoya la libertad porque genera infinidad de nuevas posibilidades y apoya la libertad. Ahora los africanos saben mucho más del exterior que hace ocho años.

### **¿Y qué actitud están desarrollando los africanos?**

J.R: Pues como nosotros. Les gustan las mismas tías, la misma bebida y los mismos cigarrillos porque, ante todo, simbolizan la libertad aunque los vendan las multinacionales americanas. Un ejemplo de esta globalización es el de Mandela que gracias a la difusión de las agencias internacionales ha sido tomado como el primer referente democrático negro en todo el continente. En cada aldea alguien tiene una tele que alquilan y ven en comunidad. Mandela es un dios para los africanos y es su primer ejemplo de demócrata africano.

### **¿Qué lectura tienes tú de África?**

M.L: No quiero ponerme paternalista. Entre el mito de que todo es culpa de las colonias o de los líderes, en lo único que creo es que las víctimas son los menos culpables del desastre africano. Porque hasta que no surge una escuela de pensamiento que dice “vamos a olvidarnos de las potencias coloniales y del trazado fronterizo y vamos a ocuparnos de nuestros líderes”, África ha estado en un túnel. Y no ha sido hasta el surgimiento de un Nelson Mandela que, tras 27 años de cárcel, de dignidad y de filosofía del perdón, que los líderes empiezan a entender que el futuro de África está en sus manos.

J.R: Es que lo de la culpabilidad de los blancos es un tema que se debe pasar. Lo pasado, pasado está. Ya está bien de buscar culpables porque hasta los dictadores africanos, tipo Mobutu, no han hecho más que dilapidar sus fortunas en Europa. La diferencia de antes a ahora es que hoy están apareciendo algunos cuadros dirigentes formados en Naciones Unidas que, mirando el ejemplo de Mandela, plantean temas como el de la redefinición de las fronteras coloniales establecidas en 1883. Estas fronteras sólo defendían los intereses de las potencias separando etnias, culturas y familias enteras.

**Precisamente el tema de las fronteras parece ser uno de los temas más preocupantes en la vieja Europa, azotada por los nacionalismos. ¿Viajar puede ser el mejor antídoto contra los nacionalismos excluyentes?**

M.L: Por supuesto. Sólo hace falta recordar a Pío Baroja: “El nacionalismo se cura viajando”. Pero hay gente que no puede viajar y se limita a tener una visión del planeta a través de la televisión que no deja de ser una imagen sesgada y parcial. Quienes viajamos somos unos privilegiados.

J.R: Yo no soy antinacionalista, pero considero que los nacionalismos son un lujo que sólo se pueden permitir los países ricos. En los países pobres, los nacionalismos se convierten en barbarie. Cuando uno viaja aprende que, a pesar que puedas querer mucho a tu pequeña tierra, no puedes ser excluyente. Porque el hombre no es ni catalán, ni vasco, ni madrileño. El hombre no se distingue ni por su lengua, ni por su cultura ni por su RH. Se distingue por su corazón. Sencillamente hay hombres buenos y hombres malos. Cuando uno viaja aprende que muy pocos dogmas se pueden mantener en pie.

M.L: Viajar te ayuda de dejar de mirarte al ombligo. Te descubre que no estás sólo en el mundo, a rebajarte los humos y abrirte nuevos horizontes lejos de la cultura del consumo en la que estamos instalados. Lejos de los viajes organizados que sólo te conducen a ver piedras y escaparates pero que no te dejan hablar con los aldeanos ni conocer a nadie de verdad.

J.R: En este sentido, la nueva moda de la literatura de viajes indica que el lector busca el punto de vista del escritor porque le da una visión subjetiva y relajada diferente de la que le ilustra la televisión.

### **¿Qué países soñabais conocer de pequeños?**

M.L: Me aficioné a los viajes a través de los libros de Stevenson, Verne y Conrad. Empecé viajando dando la vuelta al mundo que es lo que más me marcó, sobre todo, para mi experiencia propia. A partir de ahí, si repaso mi bibliografía, resulta que he escrito más sobre Asia que ningún otro continente.

J.R: Lo mío con los viajes es un poco extraño porque hasta los 27 años no salí de España. Leía mucho y tenía la percepción de algo irreal y muy lejos de mi alcance. El primer viaje que hice me llevó a Grecia y a partir de entonces le cogí el gusto. Cuando viajo lo hago motivado por mis lecturas. Leo un libro que habla de un sitio concreto y me engancho de tal manera que mi pasión no se ve saciada hasta que lo conozco personalmente.

### **¿De quién no viajaríais acompañado jamás en vuestros viajes?**

M.L: Yo jamás viajaría acompañado de un pelma. Me gusta viajar sólo.

J.R: Sin embargo yo jamás viajaría con un fotógrafo. Lo siento por ellos y más cuando tengo extraordinarios amigos fotógrafos, pero haciéndolo corres el peligro de acabar siendo su esclavo; tanto de él como de los momentos de luz.

**¿Cuál es vuestro medio de transporte preferido?**

M.L: Me gusta el tren, pero creo que no hay mejor manera de llegar a una ciudad que haciéndolo en barco siempre que ésta sea marítima o fluvial.

J.R: El barco y el tren.

**¿Qué país de los que no habéis visitado todavía soñáis en ir?**

M.L: Todavía sueño con todos aquellos países que no he visitado.

J.R: No lo sé, aunque de un tiempo aquí me apetecería ir a Groenlandia.

**¿Cuándo habéis sentido más pánico durante uno de vuestros viajes?**

M.L: No sé si es por fatalismo o porqué pero durante las guerras no he pasado mucho miedo. Es como si en el frente despertases un cierto estímulo de los sentidos que te otorgan una lucidez que, mirado desde otro punto de vista, te parece increíble. Tanto es así que la única vez que he sentido verdadero pavor sucedió en Afganistán, en una zona que conocía bien. Estábamos en guerra y dormíamos haciendo guardia. Sabía que en aquel terreno no había cobras, pero cuando me tocó la guardia en lo cerrado de la noche, empecé a oír ruidos e imaginarme que estaba rodeado de cobras. Era tal el miedo que tenía que incluso ya había contado cuantas balas tenía en el revolver para poder defenderme (risas).

J.R: Yo pánico nunca he tenido, pero miedo muchas veces. De hecho, el pánico sólo me sobreviene cuando recibo la mala noticia de la muerte de un amigo. Está claro que el miedo te escoge y contra él no podemos hacer nada.

**“No puedo dejar de creer en el hombre, el hombre no puede morir”, escribiste en una ocasión citando a Faulkner.**

M.L: No puede morir y sin embargo perece. Es una frase que invita a la esperanza. Una esperanza difícil de encontrar en un siglo como el nuestro donde la muerte y las guerras han estado tan presentes y de forma tan terrible.

**Utilizas un término muy adecuado para lo que es el viajero: “mzungu”.**

J.R: Un “mzungu” es la combinación de varias palabras suajilis que designan a aquél que va de sitio en sitio sin permanecer en ninguno mucho tiempo. Es como un vagabundo pero que nunca vuelve a casa.

**Precisamente en “Vagabundo en África” y después demostrar al lector que tu único objetivo de aquel viaje era remontar de arriba abajo el río Congo siguiendo los pasos de Joseph Conrad, escribes lo siguiente: “ Yo podía elegir. Y escogí el regreso. No era una cuestión de coraje. La cobardía y el valor no tienen sentido cuando el pulso de tu sangre se acelera y eres lúcido, al tiempo que tu alma parece haberse vuelto loca. Lo que cuanta es el amor de las que gentes que te quieren y te esperan, los que desean verte de nuevo. Tienes una vida a la que no puedes traicionar, porque en tu vida hay otros y tu has empujado para construirla así. Y eso te impulsa a recuperar el sentido común, a no escuchar las llamadas dementes de tu alma. Creo que ésa es la razón por la que me bajé en Mbandaka del Akongo-Mohela”. ¿Hubieras seguido de no tener familia esperándote?**

J.R: Hubiera seguido pero no por valor sino porque mi alma se había vuelto loca de aventura. Estando con aquella gente durante un mes entorno al río, yo había cambiado y me estaba volviendo loco de aventura. Debía para porque si no, no volvía. Más tarde, el capitán del barco me explicó que registraron el barco cientos de veces así que seguramente me hubieran encontrado y, seguramente, matado.

**Desde este punto de vista, ¿resulta antagónica la opción de vivir una aventura a crear una familia?**

M.L: No puedo decirlo. Yo siempre he ido por libre y lo sigo siendo. Nunca he querido tener a nadie que deber llamar para decir que me voy o notificarle a qué hora llegaré. Me parece la definición de la pura burguesía.

**“Cuando principio y fin se confunden es que la historia no nos ha enseñado nada”, escribes del puño de T.S Eliot.**



M.L: Esta es una frase que escribo en uno de mis libros sobre la Guerra de Yugoslavia para ilustrar que después de un principio de siglo muy optimista, donde todo el mundo confiaba en acabar con las guerras, nos encontramos en la barbarie de la I Guerra Mundial. Después llegan el fascismo y la II Guerra. Más tarde la Guerra Fría y cuando cae el Muro, parece que de nuevo todo es maravilloso. Pero de repente, ¡zas!, Europa vive una guerra que le desangra por su herida más doliente: los nacionalismos. En un siglo hemos pasado de una guerra atómica a una guerra atomizada. Es como si no hubiéramos avanzado nada.